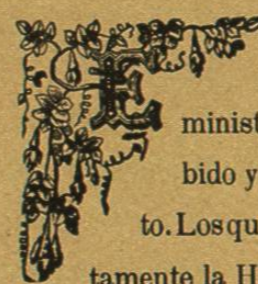


tumbres con su saludable ejemplo. Creía candorosamente que le era posible purificar con su propia pureza las impurezas del Estado: Creía que bastaba la buena voluntad para realizar el milagro de una súbita transformación. Su recto sentir se vió en el empeño que tuvo de conjurar la influencia austriaca; y su debilidad en los medios torcidos que empleaba para llegar á su fin. Cuando más necesidad había de un sistema determinado, reinaba un espíritu incierto; cuando más necesidad de un proceder seguro, la más nociva incertidumbre. Lo único que tenía fijo era el propósito firme de preservarse á la influencia austriaca y á los halagos de su mujer movida siempre, impulsada siempre por su familia. En efecto, María Teresa no dejaba vivir á María Antonieta, para que de su posición se aprovechara y sirviera á la política austriaca. Juan II, hermano de la reina, extraño personaje, lleno de viejas tradiciones y de nuevas ideas, con propósitos de avivar el espíritu moderno y robustecer la antigua monarquía, mayor á causa de la altura de sus pensamientos que á causa de la altura de sus resoluciones, ideaba no sólo aquellas reformas interiores de la Iglesia, tan contrarias al poder y á los intereses de los Papas, sino también predominó en Alemania, imperio sobre los esclavos, conquistas en Turquía, algo de esa grandeza de miras y de esta extensión de propósitos que hereda de sus mayores y que sólo exigían para una pronta realización tener segura á Francia, nación poderosísima é inquieta, la cual debía estar presa en el tálamo imperial de sus reyes. Así, la reina quería que su marido nombrara ministro al ajustador de su boda, el antiguo amigo de su madre, al instrumento del Austria, al célebre Choiseul. Pero el rey, que se iba á meditar sobre los grandes problemas políticos en sus fraguas, junto á sus yunques, allá por las buhardillas de su palacio, en compañía de un pobre oficialillo que tiraba del fuelle y avivaba la lumbré, resolvió, después de hojear algunos papeles preservados en tal sitio á la avizora mirada de su mujer, dar de mano á Choiseul y nombrar un ministro anti-austriaco como Maurepas, que fuese verdaderamente un valladar opuesto á las maquinaciones del Austria. Cuando llamado de su destierro Choiseul por inflajo de la reina, se presentó en palacio, el rey le dijo tan sólo que estaba muy calvo y muy gordo y le volvió la espalda. Desde aquel día se perdió la influencia del Austria á pesar de los halagos de María Antonieta. Así es que la emperatriz escribía diariamente á la reina que se apresurase á tener un hijo, á dar delfín á Francia, heredero al rey, para cobrar la alta influencia política de que tan necesitado estaba su imperio.



CAPITULO DÉCIMO

Las transacciones y los intransigentes.



El ministro que caracteriza verdaderamente la transacción indispensable con el espíritu moderno es Turgot, y el ministerio que la define su ministerio. Hay muchas gentes que entran en la historia con un plan preconcebido y que se proponen vaciar los hechos en el molde de su individual pensamiento. Los que van á lo pasado con ese espíritu de secta, fantasean y falsifican completamente la Historia. ¿Qué diríais de un naturalista el cual entrara en los reinos de la naturaleza con una flora una zootecnia á su arbitrio oponiendo á los animales reales sus animales fantásticos? Pues de igual suerte debe juzgarse al historiador que sustituye á los hechos de la realidad los hechos de su conciencia y las arbitrarias concepciones de su pensamiento individual. Y no conozco una concepción histórica más arbitraria que aquella empeñada en inquirir cómo y por qué medios la revolución se hubiera evitado. Estos optimistas ven á una en el natural bondadoso de Luis XVI y en la inteligencia elevadísima de Turgot los medios verdaderos de impedir el conflicto y de descargar la revolución. Creen que bastaba la excelente intención del Monarca y la alta inteligencia del ministro á conjurar la catástrofe y á desarmar la nube tonante cuyos relámpagos atravesaban en toda su infinita extensión la conciencia de aquel pueblo. Imaginan los que así piensan cosa hacedera y posible transformar gradualmente una sociedad tan oprimida como la sociedad francesa, tan llena por un lado de ideas radicales y por otro de antiguas supersticiones. Se reforman de esa suerte los pueblos que han aceptado el principio vital por ex-

celencia, el principio de la libertad, cuyos procedimientos se parecen por su medida, por su gradación, por su serie, á los procedimientos mismos de la naturaleza. Pero allí donde la libertad ha sido brutalmente suprimida y sólo queda en la base de las sociedades humanas una legión de esclavos y en la cima el Rey absoluto, la revolución sobreviene como una consecuencia precisa de todos estos fatales antecedentes. En la libertad y sólo en la libertad se aprende el arte de la política; se aprende á medir los obstáculos; á calcular lo posible, á precaver los desórdenes; á madurar las reformas, á transformar las viviente realidad. En las tinieblas toman los pueblos naturaleza de fieras y salen como las fieras de sanguinarios y hambrientos. Un hombre libre sabe que su razón y su derecho le bastan para dirigirse, y para salvarse y para resolver todos los conflictos, y para vivir la vida acomodada á sus necesidades y desarrollar su espíritu. Un esclavo, en la noche de su ignorancia, finge mundos ideales, bien apartados de las realidades históricas. De cualquier modo, todo pueblo oprimido está cerca de las revoluciones. La libertad británica necesitó de su santa revolución; la República holandesa de su guerra; la América de sus formidables sublevaciones; y en pueblo tan oprimido como Francia no podía haber ningún otro medio, ningún otro recurso. Se necesitaba haber hecho la sociedad como la fingían esos pensadores optimistas y no como la traen los siglos. Se necesitaba una monarquía más previsora, un clero más ilustrado, una aristocracia menos pagada de sus antiguos derechos, un pueblo más conocedor de los procedimientos y de las prácticas que exige todo Estado para transformarse lentamente y bajo el amparo de la legalidad. Pero las sociedades no resultan como nosotros las ideamos, sino como ellas mismas son para sí. Aquella antigua monarquía formada por tantos y tantos siglos no podía desplomarse sino por un movimiento idéntico al movimiento que la había producido, cuya celeridad sustituyese con ventaja á la fuerza del tiempo, y si algo demuestre a la imposibilidad de impedir la revolución, precisamente es ese mismo ministerio de Turgot, invocado para decir lo imposible de probar: que la revolución hubiera podido conjurarse.

Turgot; uno de los hombre mayores de este siglo, llegó al gobierno de su patria, no por la elección popular, ni por la gracia real, sino por meras combinaciones de la casualidad verdadera reina entonces de Francia que caminaba á la ventura y al azar. Era Maurepas, el primer ministro de Luis XVI, un hombre de mundo, como hoy se dice, aficionado á las ciencias, aunque en todas ellas imperito; uno de esos que saben la astronomía poética y la física recreativa, con la memoria por toda razón, el índice de los libros por todo estudio, la política bien al día por todo sistema, el placer y la diversión por todo fin; cualidades contrastadas con una bastante á hacerle perdonar todas las ligerezas indignas de un tiempo, cuya gravedad requería mucho pulso, cualidades contrastadas, decía, con una cualidad sobresaliente, el trato de los hombres superiores, y como consecuencia el aprecio profundo de sus méritos y de sus talentos. Maurepas encargó uno de los ministerios

más importantes al filósofo y jurisconsulto Malesherbes, que proponía la restauración del revocado Edicto de Nantes y á Turgot que encarnaba en sí la idea económica tan profundamente ligada con la idea política. Hoy, á fuerza de tenerlas ya mezcladas á nuestra sangre, como los elementos de la respiración ó como los átomos que por las fuerzas nutritivas hemos recogido, no apreciamos en cuanto valen las libertades económicas; pero poned con el pensamiento en aquella época, resucitadla y fingidla en vnestra mente: mirad el presupuesto de la nación mezclado y confundido con el presupuesto de la corte; el patrimonio real con una extensión inacabable, treinta leguas sólo para un coto de caza, como inmenso pólipo absorbiendo el jugo de los campos; una gran parte de la propiedad á la sombra estéril de los monasterios y otra en las manos muertas de la Iglesia; fragmentos de los feudos y sombras de siervos por un lado, el mayorazgo y los secundones por otro, venta de oficios en la administración pública; el gremio haciendo del trabajo, de ese empleo de nuestra actividad, un privilegio concedido ó negado por la gracia del Monarca; la corvea esterilizando ese mismo trabajo proveniente de las mercedes regias; la prestación y las gabias infinitas de los señoríos; la tasa como un límite arbitrario puesto á todo comercio; la industria amortizada como la propiedad; prohibiciones absurdas, líneas de aduanas en las fronteras de las provincias, excepciones de tributar á las clases más ricas, y abrumadores tributos sobre las clases más pobres; y decidme luego si esa palabra libertad, que rompía todas esas cadenas y que borraba todas esas servidumbres, no ha vuelto á crear de nuevo con su soplo, tan fecundante como la palabra divina sobre el caos, desde la conciencia hasta la tierra.

Turgot era el representante de la libertad económica, de esa libertad cuya religión había sido engendrada en su ánimo por este grande y luminoso pensamiento, los derechos naturales son propios, no del ciudadano, del hombre. Tal pensador, de haber podido plantear todo sistema, evitara indudablemente la revolución. Cuando se llega en el tiempo á Turgot precisa mirarlo con detenimiento, porque Turgot es la ciencia, como Rousseau la imaginación, como Mirabeau la palabra, como Vergniaud el sentimiento, como Danton la acción. Perteneció á una familia de Magistrados que le educó en la mayor severidad de ideas y costumbres. Su madre era una honradísima dama, pero muy amante de la alta sociedad, de los brillantísimos salones, de las familias aristocráticas; y así detestaba en su hijo la falta absoluta de distinguidas maneras y cierta rudeza de palabras y cierto despego del mundo que lo hacían una especie de solitario del pensamiento. Esta ausencia de la ternura maternal, del amor que aviva los corazones, le dió un despego, una frialdad, una indiferencia, naturales, al fin y al cabo, en quienes se crían sin madre. Muy niño, pasó del hogar sombrío al colegio en calidad de interno, y muy joven, del colegio al seminario en calidad de aspirante al sacerdocio. Allí cultivó una ciencia bien apartada del espíritu de su tiempo, pero con ella aprendió el culto á los profundos estudios y á las sublimes abstracciones. Así

cultivaba todos los ramos del saber humano. Traducía del alemán á Klopstock y á Macpherson del inglés. Componía versos y los calcaba en rimas originadas del profundo conocimiento, así de las dos lenguas clásicas, el griego y el latín, como de las dos lenguas greco-latinas, el español y el italiano. Además, enseñaba la teoría de Newton como un matemático; discutía la concepción de la gracia en Agustín y Jansenio como un teólogo; criticaba la teoría de Buffón acerca del origen de la tierra como un naturalista; asombraba á los ginebrinos con sus conocimientos respecto á la historia del planeta como un geólogo, y exponía el gran principio de los derechos naturales con la profundidad insondable de un filósofo. En su pensamiento si que había encontrado verdaderamente el género humano los blasones perdidos de su divina nobleza. Para subir á las alturas de la metafísica y luego descender á las relaciones útiles de la economía, para tratar desde los atributos de Dios hasta las propiedades del fósil; para estudiar las armonías del arte y las leyes de la gravedad; para ser desde astrónomo hasta juriscónsulto, bien se necesitaba aquella cualidad por excelencia culminante de su vida, pasión desenfrenada por el estudio. Así no hubo niñez, ni juventud, ni amor, ni familia, ni hogar. Fué como Newton, como Kant, uno de esos hombres en quienes las abstracciones del pensamiento elevan toda la vida al cerebro. Su esposa es su idea; su descendencia está en sus obras. Alto de estatura, hermoso de rostro, aunque cierta sonrisa desdeñosa dañaba todas sus facciones; rudo y aun desgraciado en sus maneras; avaro de palabras; adoleciendo constantemente de lagota en el trabajo incansable, en el culto á la idea como un sacerdote, en la predicación del bien como un apóstol; capaz de llevar la defensa en sus concepciones hasta el sacrificio y el martirio; la pasión de su vida, la que llenaba toda su alma, la que en las mayores pruebas le sostenía y á toda grande empresa le alentaba, era la pasión por la humanidad y por sus derechos, y la impaciencia por ver la humanidad feliz y sus derechos cumplidos y realizados. Así es que, en cuanto llegó al gobierno, en cuanto tuvo entre sus manos la máquina del Estado, en tanto vió que podía ser realidad todo aquello que pasara por los espacios inmensos del pensamiento, se entregó á la tarea que más puede ennoblecer al hombre, que más digna aparece de su ministerio en la creación, á la tarea de implantar las ideas progresivas en la viviente realidad. No miraba los obstáculos, y si alguna vez intentaba mirarlos, no los veía. Para el bien no debe hallar dificultades una voluntad resuelta y tenaz. Trabajo inmenso el suyo, como que imaginaba próxima la muerte, y sentía la necesidad de llenar dignamente la vida. En sus Memorias presentadas al Rey se aglomera todo, la filosofía, la estadística, la ciencia, el cálculo, la serie de axiomas políticos y sociales, que transformaban el mundo desde las abstracciones de la filosofía hasta los cálculos de aritmética. Deseaba ver pronto, muy pronto, el nuevo mundo social que debía surgir del nuevo pensamiento. Le dolía cada hora que pasaba el eterno siervo en la ergástula después de haber padecido y llorado tantos siglos. A la fiebre de la inspiración unía la fiebre del trabajo. Era un gran orador que

tenía en sus manos los instrumentos de la creación. Así iba á destruir el castillo feudal, á llamar á la actividad del trabajo á tanto ocioso como pululaba en la corte, y destruir las aduanas interiores, á fundar el derecho de cada hombre en el libre ejercicio de la actividad de su espíritu, á erigir sobre tantas ruinas envueltas en vapores de sangre la sociedad de la justicia y del derecho.

La obra de Turgot asombra por la magnitud; sustitución del mundo moderno al mundo feudal; y por el tiempo que en ella empleó, diez y ocho meses. Él, antes de que la noche del 4 de Agosto venga, antes de que la revolución universal avive las ideas puras en las inteligencias obscurecidas, antes de aquella explosión gigantesca, formula ya con profundo sentido, expone con verdadera claridad el principio de los derechos del hombre, transfiguración de nuestra naturaleza, y, por lo mismo, comienzo de nuestra edad. La tierra tan pródiga, la tierra que el trabajo fecunda, se ha esterilizado bajo leyes desoladoras; él le devolverá su fecundidad con sólo enviarle el grande agente de la vida, con sólo enviarle como un rocío celeste, la libertad. Los granos yacen amontonados á la puerta de los graneros repletos, sin que puedan adquirir el valor que debe darles el movimiento comercial, ni aplacar el hambre de tantos hambrientos como cerca de esta abundancia perecen, por esa falta de relación y de equilibrio que sólo puede establecer el cambio. Turgot romperá las aduanas interiores, y rompiendo las aduanas, hará que los productos circulen por todo el cuerpo nacional, como la sangre circula por todo el cuerpo humano. El trabajador de la industria perecerá bajo la pesadumbre del gremio privilegiado, y el trabajador de los campos bajo la cadena de la corvea; él devolverá á cada cual su virtud creadora, la disposición completa de su actividad. Parece imposible, pero nada debe extrañarnos en el mundo organizado por el bárbaro principio de la casta; esa facultad, verdaderamente divina, que tenemos de continuar la creación con nuestra fuerza creadora, y de disponer á nuestro arbitrio de las facultades todas, ese derecho de trabajar, tan necesario como el derecho de respirar y de vivir, pendía por completo de la voluntad arbitraria del Monarca, y quedaba reducida su concesión á una mera gracia, y su ejercicio, el empleo de los brazos propios en bien nuestro y en bien del mundo y de la sociedad, á un mero privilegio. Pues Turgot acabó con la última sombra de la esclavitud. Turgot redimió al paria que desde las orillas del Canges á las orillas del Sena había arrastrado su ignominiosa pasión por toda la tierra y por toda la Historia; Turgot encendió con su soplo en el pobre Adán de los terruños la vívida y necesaria libertad. Siervo, eterno siervo, escupido por todos los poderes, martirizado por todos los tormentos, tú, que habías tenido necesidad de encorvarte para soportar sobre tus espaldas, como el elefante sobre su lomo, la pesadumbre del mundo asiático; tú, que habías pasado junto al Parthenon, junto al Capitolio y junto al Calvario sin haber podido recibir tu completa libertad ni del arte, ni del derecho, ni de la religión; tú, que después de diez y nueve siglos de cristianismo y de tres siglos de espíritu moderno,